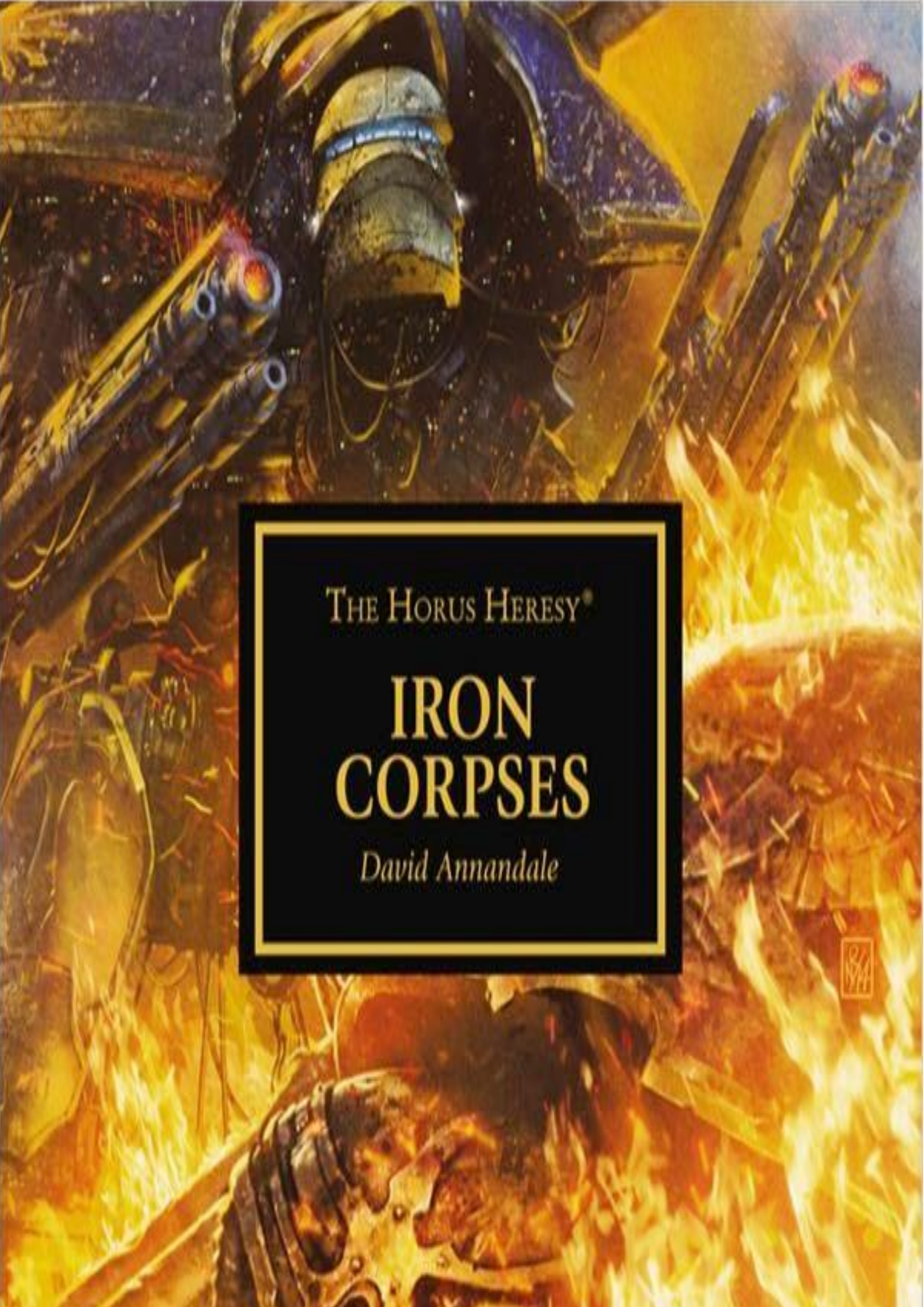

THE HORUS HERESY®
IRON
CORPSES
David Annandale



LA HEREJÍA DE HORUS

CADÁVERES DE HIERRO

DAVID ANNANDALE

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Guerreros de Hierro

KOPARNOS	Forjador de la guerra o tecnomarine de los Guerreros de Hierro

Personajes Imperiales en Tallarn

VENRATH	Princeps del Titán Warlord *Exentio Contritio*.

El estallido fue un rugido más allá de todas las tormentas, su luminosidad superó a la del sol. Pareció hacer saltar en pedazos la coherencia de la propia realidad: era el paroxismo de la guerra, que desgarró el campo de batalla. No trajo ningún triunfo, sólo pérdida, y robó la victoria que habían tenido al alcance de la mano.

El forjador de guerra lo había visto, Koparnos había visto la caída del enemigo… Pero entonces sobrevino otra caída, una forma inmensa precipitándose de los cielos, fuego y relámpagos iluminando las nubes, una sombra cerniéndose sobre la batalla.

Y después el impacto, el rugido… Y tras el rugido sólo vino el aullido del viento recorriendo la tierra asesinada, levantando nubes de polvo tan densas que el día y la noche se hicieron indistinguibles. Cinco días de viento, cinco días del interminable grito de un mundo colapsándose en la locura.

Al sexto día el viento se calmó lo suficiente como para que el día volviera en la forma de un profundo y brumoso crepúsculo.

Había llegado el momento de abandonar el Rhino. Koparnos era el único superviviente: el casco del compartimento de tropas había sido perforado. Aislado en la cabina del conductor, él había logrado aguantar hasta aquel momento. Pero los venenos de Tallarn estaban avanzando incluso allí dentro.

La temperatura de su cuerpo había ascendido, su sistema intentaba rechazar a los virus debilitados. Aquella concha reventada que era el Rhino no era un refugio real, sólo la cámara en la que esperar un final más prolongado. Koparnos podía escuchar el viento que silbaba al atravesar las brechas en el blindaje: se burlaba de él. Era el sonido de la derrota y de la muerte, y tarde o temprano se volvería un peso que no podría sobrellevar.

Durante aquellos cinco días había luchado con los sistemas del Rhino, en un intento por devolverle la vida al motor. Sabía que su esfuerzo sería inútil, el transporte estaba tan muerto como sus hermanos, pero durante aquellos días y noches no había nada más que hacer.

Ahora tenía ante sí una elección de finales. Eligió irse. Aquello precipitaría su muerte, pero actuaría como si de verdad tuviera alguna posibilidad de encontrar alguna salvación. Su guerra no había terminado, todavía no.

Koparnos abrió la puerta de la cabina y entró en el compartimento de tropas. Sus hermanos guerreros de hierro seguían sentado en los bancos. Creaban una ilusión no de vida, pero sí de disciplina. Aunque sus cuerpos se habían disuelto, sus servoarmaduras permanecían erguidas, como si sus cadáveres estuvieran preparados para ponerse en pie y marchar a la guerra de nuevo bajo su mando. El polvo y las cenizas de Tallarn se acumulaban sobre sus botas y sus hombros, y ya había vuelto el color del hierro de sus armaduras una sombra deslustrada. Las figuras aún transmitían fuerza, pero estaban siendo sepultadas lentamente. El viento arrastraría la arena al interior del transporte blindado hasta cubrirlas completamente.

Koparnos acabó de derribar la compuerta lateral, parcialmente desgarrada, y abandonó aquella tumba.

Las nubes de polvo se agitaban enloquecidas a su alrededor, revelando y ocultando alternativamente el horizonte. De un momento al siguiente, el alcance de su visión variaba de cero a cien metros y a cero de nuevo. Vio el campo de batalla a través de velos en movimiento, y entre ellos inmensas y oscuras formas torturadas, de un negro profundo recortadas sobre el fondo gris.

Aquellas sombras eran titanes. Algunos se habían convertido en montículos de légamo metálico fundido, pequeñas lomas dentadas. Otros todavía permanecían en pie, congelados en medio de un combate, aliados y enemigos por igual muertos en el gran rugido. Y entre los colosos inmóviles estaban los tanques. Sus cascos perforados inundaban la planicie, el estallido los había hecho saltar por los aires y los había arrojado sobre los costados abiertos como animales sacrificados. Koparnos había sido afortunado, no muchos vehículos habían aterrizado intactos.

El viento seguía arremolinándose en aquel cuadro de guerra arrancado del paso del tiempo. Koparnos se hallaba rodeado de inmensas tumbas verticales. Aquello era el hierro gritando su agonía, preservado y extendiéndose hasta el horizonte, al que daba voz el aullido del viento que lo atravesaba.

En la pantalla del visor de Koparnos parpadeaban las runas de advertencia. Los niveles de radiación eran extremos; incluso protegido por su servoarmadura, la exposición prolongada sería letal. La explosión no sólo había dañado la tierra, sino

también a las toxinas virales que habían matado aquel mundo, pero su presencia seguía siendo nociva, y se estaban infiltrando en su organismo: su fiebre aumentó, su cuerpo estaba aguantando, pero ya había empezado a disolverse. El choque de ambos venenos le proporcionaría algún tiempo, pero no mucho, apenas unos minutos. Apretó los dientes: agotaría cada segundo luchando, sólo para poder luchar unos pocos segundos más.

Aquella situación no era muy diferente, excepto en grado, de las innumerables campañas suicidas que su legión había afrontado. Para aquello era para lo que el Emperador, en toda su perversidad, había decidido que valían los Guerreros de Hierro. ¿Cuántas veces Koparnos y sus hermanos de batalla habían luchado en asedios imposibles, arrastrándose sobre la superficie de mundos-muerte, dejando tras de sí una estela de su propia sangre, sólo para que luego Dorn, o Guilliman, o cualquiera de los otros hijos predilectos apareciesen al final para reclamar el honor correspondiente? Si Koparnos muriese en aquel momento, su final no diferiría sustancialmente de lo que había sido el resto de su vida. Al menos estaba libre de la hipocresía del Emperador.

—¿Llamáis a esto una victoria? —gritó a sus enemigos ausentes y a un semidiós tan distante como lejano—. ¿Habéis elegido destruir vuestras propias fuerzas junto a las nuestras? ¡Eso es debilidad! ¡Por ello es por lo que os derrotaremos!

Siguió caminando. Le pareció haber visto una inmensa sombra hacia su derecha. Aquello era un destino, un objetivo hacia el que avanzar, vacío quizá, pero necesitaba un propósito concreto para seguir forzando a su cuerpo, cuyos órganos se estaban desintegrando. Tosió agónicamente.

Arrastraba las botas, levantado una neblina de ceniza a su paso. Mientras avanzaba, fue recorriendo los canales de voz uno tras otro como llevaba haciendo días. El resultado fue el mismo: nada más que estática, que parecía el eco electrónico del viento. Muerte en el aire, muerte en la tierra, muerte en las vastas y retorcidas siluetas, y en el éter más allá.

El viento seguía empujándolo, acosándolo, gritándole que estaba solo, que era la última cosa viva que se movía por aquel escenario de guerra ruinoso.

—¡Miradme! —volvió a gritar.

Su voz sonaba demasiado grave, el aliento le abrasaba la garganta. Tenía líquido en los pulmones, un icor denso resultado de su propia descomposición: se estaban volviendo un fluido que parecía querer ahogarlo y asfixiarlo simultáneamente. Hablar era doloroso, pero le daría voz a su desafío.

—¡Miradme! ¡Estoy vivo! ¡Sigo… luchando! ¡No nos detendréis! ¡Nos hicisteis… demasiado bien! ¡Marcharemos hasta… hasta que os aplastemos!

Volvió a toser, escupiendo y tragando más de ese aire mortífero.

Apretó el paso, y la sombra comenzó a ganar definición. Podía ya distinguir los gigantescos brazos, y cuando el aire frente a él clareó un momento reveló el titán al completo. Era un Warlord, llamado *Extentio contritio*. Con más de treinta metros de altura hasta el caparazón superior, y casi igual de ancho en los hombros, era una imponente masa de destrucción inmóvil. Los cañones apuntaban al frente, y Koparnos siguió con la mirada la línea a la que apuntaban. En al distancia sólo había escombros: un batallón de tanques que había sido la presa final del titán.

El polvo volvió a levantarse, ocultando de nuevo aquella imagen. Justo antes de desvanecerse, Koparnos pudo ver un destello en la cabeza del titán, apenas un débil resplandor, pero suficiente, sólo necesitaba un resto de energía a su disposición. En aquel momento a su amargo desafío lo sustituyó la voluntad de imponerse al avance de la muerte: recuperaba la esperanza de sobrevivir y, más importante, la esperanza de vengarse.

Alcanzó la pierna izquierda de *Extentio contritio*. Arriba, por encima de la cintura del titán, la compuerta de acceso inferior estaba parcialmente abierta. Lo que quedaba de un acólito del Mechanicum permanecía desplomado en medio del umbral. Su túnica aún conservaba cierta forma humana sobre el charco ennegrecido de materia orgánica descompuesta en el que se encontraba, y un par de mecadendritas se extendían más allá de donde en su momento habría estado la cabeza, como si intentaran alcanzar una imaginaria salvación. La muerte se había abierto camino hasta el interior del titán, y el pánico había hecho creer a aquel necio que no lo esperaba fuera.

Un dolor fluido y resonante se extendió desde el interior de Koparnos hasta sus miembros. Sus movimientos se estaban volviendo más torpes, sus articulaciones parecían a punto de desencajarse y como empapadas por la quemadura de un ácido. No podría aguantar mucho más castigo. Escalando por los pistones de la

pierna, aferrándose desesperadamente a cualquier recoveco que encontraba, logró alcanzar la compuerta.

Una vez en el interior del Warlord cerró la compuerta. El blindaje de adamantio de varias veces el grosor de el del casco del Rhino lo apartó del envenenado mundo exterior. Ahora sólo le quedaba purgar la corrupción viral de su propio interior.

El foco de su casco iluminó el oscuro interior. Había más restos orgánicos, servidores, supuso, por las herramientas-miembros artificiales especializadas junto a las masas legamosas.

Más adelante había otra puerta. Con esfuerzo giró la llave de apertura. La hoja metálica emitió un agudo chirrido cuando la abrió, y desde el umbral comprobó que daba acceso a la cubierta de ingeniería.

Había más cadáveres, tecnosacerdotes que se habían mantenido en sus puestos hasta el final. Sus servocráneos asociados sembraban el suelo, sus ojos oscuros como si los hubieran abierto desmesuradamente presas de un trauma.

Koparnos se acercó a una de las consolas del núcleo del titán, una situada junto a una serie de conductos que recorrían el contenedor de los escudos del reactor. La pantalla estaba apagada, y sobre el teclado aún descansaban las manos del operario. El guerrero de hierro apartó el cuerpo y examinó los controles. El pulso que había acompañado a la explosión podría haber desactivado los sistemas del titán, y quizá aquel tecnosacerdote se encontraba en mitad del proceso de reiniciar el corazón de la máquina. Algo debía de haber sobrevivido a la onda de energía para que Koparnos hubiera visto luz en la cabeza del titán. Logró encontrar los conmutadores principales: uno ya estaba abierto, y presionó los demás uno a uno.

La vida volvió a *Extentio contritio* en forma de un profundo gemido mecánico. Los lúmenes parpadearon, y después se estabilizaron, bañando la sala con un tenue fulgor carmesí. La cubierta y las paredes se sacudieron cuando el corazón del titán intentó volver a latir. Koparnos dejó escapar un gruñido, y la máquina pareció contestarlo.

—Sistemas primarios activos —resonó una monótona voz—. Mecanismos de seguridad del reactor conectados. Que las bendiciones del Omnissiah se derramen sobre nosotros. Alerta. Alerta. Malfuncionamiento de nodos secundarios y terciarios. Localizaciones uno-uno-siete a uno-tres-cinco.

Koparnos examinó los servobrazos del tecnosacerdote, localizó un cortador de plasma y lo encendió. Revisó después los conductos de la sala hasta localizar los que canalizaban el calor liberado por el núcleo de plasma hacia la parte superior del caparazón para su refrigeración. Después de eso volvió a concentrarse en el teclado.

—Alerta. Alerta —dijo la voz después de que los cogitadores procesaron la orden que les había dado—. Mecanismos de seguridad del reactor desconectados. Riego extremo. Detectado pico de calor. Fallo en los sistemas de refrigerado.

Con los sistemas de seguridad desconectados, Koparnos se dirigió a una tubería de la pared y comenzó a perforarla con el cortador de plasma, hasta que un chorro de vapor radiactivo escapó de su interior. En segundos el escape se extendió por toda la sala de ingeniería. Koparnos dejó caer el cortador de plasma y comenzó a deshacerse de su servoarmadura.

—Alerta. Alerta —dijo la voz, confundiéndose con los gritos de dolor del guerrero de hierro y el ruido de una sirena—. Niveles de radiación por encima del límite de seguridad. Procedan a la evacuación de todo el personal orgánico.

Koparnos comenzó a jadear a medida que aquella muerte ardiente lamía su piel expuesta. Permaneció en pie en medio de la nube radiactiva, sintiendo la pugna de los distintos dolores en su cuerpo, mientras su biología mejorada absorbía la radiación. El daño ascendió vertiginosamente: su piel se oscureció inmediatamente, quemada en instantes. Aspiró profundamente aquel vapor tóxico, y la abrasión le alcanzó los pulmones, consumiendo la podredumbre que había anidado en ellos y sustituyéndola por una agonía aún mayor. Veneno contra veneno. Se mantuvo en la nube letal durante un minuto completo, hasta que la radiactividad superó la capacidad de reproducción del virus. Con éste muerto, Koparnos comenzó a morir de una manera nueva.

Cayó de rodillas, vomitando una hedionda masa negruzca que comenzó a disolver el metal de la cubierta. Entonces se puso de nuevo en pie, con poco más que su mera fuerza de voluntad manteniéndolo consciente. El vapor lo estaba dañando mucho más rápido de lo que su organismo era capaz de curarse, pero aun así espero otro largo minuto. Con que sólo quedara una mínima traza del virus, estaría acabado: su glándula nuclenoide intentaría una medida desesperada por preservarlo, derramando de sus poros una capa cérea, sellándolo en una animación suspendida. Por fin se agachó para recoger su servoarmadura. Caparazón, coraza,

unidad de energía… una pieza cada vez, hasta que de nuevo levantó a su alrededor un santuario contra la radiación.

Su vista se había vuelto gris y borrosa de agotamiento y dolor. Manipulando las llaves manuales de las tuberías, redirigió el vapor de forma que cortó al fuga. La sirena se acalló. La niebla radiactiva seguía inundando la sala, y le pareció que penetraba en su cráneo, sobrepasando sus sentidos con una ola de tortura. Se encontraba a sólo un paso de caer en un coma artificial, pero permaneció erguido, luchando por alejar la oscuridad de su mente. Su labor no había acabado: tenía un refugio, pero no serviría a propósito alguno a menos que pudiera volver a luchar.

—Hierro dentro… —articuló con dificultad—. Hierro fuera…

Ambos lo habían llevado hasta allí, y le permitirían volver a la guerra. Sin duda, los lealistas consideraban que habían convertido la victoria de los Guerreros de Hierro en una derrota mutua. Pero en realidad era ese tipo de situaciones desesperadas en las que su legión había prevalecido combatiendo durante siglos.

Les demostraría su error. Les mostraría el hierro de su legión.

Tras un juramento silencioso, el dolor lo arrastró consigo a la noche. Cayó inconsciente antes incluso de que su cuerpo se estrellara contra la fría cubierta.

—¿Visioingeniero Moredius?

El crepitar del canal de voz lo despertó, un arañazo electrónico en su oído. El sistema de comunicación interno del titán se había reactivado.

Escuchó un jadeo, alguien inspirando profundamente, reuniendo fuerzas suficientes para hablar de nuevo.

—¿Visioingeniero Moredius? —la voz temblaba—. Tenemos energía de nuevo… ¿Se encuentra bien?

La voz de la mujer era la de un guerrero herido de muerte.

Koparnos se arrastró hasta la consola de trabajo en silencio. No era un adepto del Mechanicum, pero era un forjador de guerra. Aunque no estaba iniciado en los misterios arcanos de los titanes, sabía cómo dar forma a un campo de batalla: sabía

cómo dar forma a la guerra misma. Sometería a *Extentio contritio* a su voluntad, de una forma u otra.

—¡Moredius!

Koparnos se sorprendió de la fuerza de aquella voz. Su dueña sin duda se estaba muriendo, pero la alquimia de esperanza y desesperación alimentaba aquel grito. La contestaría, pero no aún.

Concentrado en la consola, logró ejecutar un somero diagnóstico de los sistemas de Warlord. La energía parecía haberse reestablecido en la mayoría de los cuadrantes. El potencial de movimiento y de combate estaba allí, lo que sólo dejaba la incógnita por la principal fuerza motora: el *princeps*. Si la mujer sólo era uno de los *moderati*, poco podría hacer: estaría anclado en un refugio inmóvil, no mucho mejor a largo plazo que en el Rhino.

Comenzó a ascender por la escalera de mano hacia los niveles superiores.

Alcanzó los puestos de los *moderati minoris*. Su compartimento estaba cerrado, pero no había permanecido sellado de la contaminación del virus. La tripulación estaba muerta. Lo único que había dejado tras de sí eran los uniformes y la maloliente masa de sus cuerpos descompuestos.

Koparnos comprobó el estado del armamento secundario.

—Moredius… —jadeo la mujer—, ¿por qué no… contesta?

El guerrero de hierro alcanzó la escotilla que daba a la cabeza del titán. A su lado se encontraban los restos de otro tecnosacerdote, sus dos servobrazos apoyados contra la compuerta, el metal marcado con arañazos y quemaduras, más signos de pánico irracional. ¿Qué había querido conseguir aquel adepto? El puente más allá sólo era un santuario en la medida en que se mantuviese sellado.

Koparnos se acercó al intercomunicador junto a la compuerta.

—Moredius está muerto.

Al principio no obtuvo más que el silencio por respuesta, pero después la mujer habló de nuevo.

—¿Quién habla?

—Soy… Koparnos. Y soy su única esperanza. Identifíquese.

—*Princeps* Venrath —dijo la voz, haciendo acopio de autoridad—. Sois de las legiones astartes…

—¿Siguen vivos los *moderati maioris*?

—No estoy segura… Lo estaban hace una hora, pero no han vuelto a hablar desde entonces. Han dejado de contestarme…

—¿No puede comprobarlo?

—No puedo moverme… Cuando el pulso de energía nos alcanzó, hubo una sobrecarga del sistema. La retroalimentación neuronal fue… devastadora. Estoy paralizada.

—¿Y qué hay de su conexión con el titán?

—No estoy segura… Antes de que el flujo de energía volviera estaba conectada a un vacío. Ahora puedo sentir su vida, pero no al espíritu-máquina. *Extentio contritio* está tan paralizado como lo estoy yo.

El hecho de que el vínculo entre Venrath y el espíritu-máquina se había cortado era algo que Koparnos ya imagina tras haber analizado los datos del diagnóstico previo. El espíritu-máquina seguía animado, pero aislado.

—Antes vi luz en la cabina.

—La cabeza tiene una reserva de energía suficiente para operar independientemente durante un tiempo.

—¿No han intentado eyectarla?

—¿De qué habría servido eso? —contestó la *princeps* con agotamiento.

—De nada.

Bien. Venrath era totalmente consciente de la situación en la que se encontraba. Separar la cabeza del cuerpo inerte del titán sólo habría modificado la posición de los supervivientes en la tierra devastada, pero en manera alguna habría mejorado sus posibilidades de salvación. No había equipo de rescate alguno en camino, para

ninguno de ellos. Cualesquiera eventos quedaran por desarrollarse allí, lo harían aislados del resto del planeta.

—*Princeps* —dijo Koparnos muy despacio—, puedo… acabar con su parálisis. Puedo otorgarle de nuevo un propósito.

Aquella enunciación no surgió de manera espontánea: ofrecer en lugar de ordenar era algo que iba en contra tanto de su entrenamiento como de su naturaleza. Pero necesitaba su consentimiento junto con el de alguno de los *moderati maioris*, asumiendo que al menos uno siguiera con vida. Si estaban todos tan cercanos a la muerte, una lucha de cualquier clase podría ser fatal.

—¿Podéis devolvernos a *Extentio contritio*? —la voz sonó comprensiblemente escéptica.

—No exactamente… Puedo devolverla *a usted a él*.

Esperó a que Venrath dedujera lo que quería decir, permitiendo que comenzara asimilar la idea —y sus implicaciones— por sí misma. Permaneció inmóvil junto a la compuerta, pero incluso así ya había comenzado a remodelar el campo de batalla.

—No tenemos urna neural ni tanque amniótico…

Así que Venrath sabía lo que le ofrecía… y ya estaba a mitad de camino de aceptar.

—Soy consciente de ello.

—¿Y podréis proceder sin ellos?

—Sí.

—¿Y el proceso es irreversible?

—¿Preguntaríais eso acerca de un *dreadnought* de las legiones, honorable *princeps*?

—¡No! —respondió inmediatamente Venrath—. Perdonadme, la debilidad de mi cuerpo no es la debilidad de mi espíritu.

—Comenzaré entonces. Pero debe saber que el interior del titán es altamente radiactivo.

—Entiendo. Una vez que desprecinte la cabina, no hay vuelta atrás.

«Nunca la hay», pensó Koparnos, «todo es irrevocable».

El sonido metálico de la compuerta desbloqueándose fue acompañado de el del aire despresurizado, y ambas hojas de la entrada se deslizaron hacia los lados. En el interior del compartimento había poco espacio; el guerrero de hierro avanzó encogido hasta los tronos de los *moderati* en la parte posterior, ambos flanqueando al de la *princeps*, situado en la sección frontal del cráneo del titán.

Los cristales blindados de los ojos del Warlord se posaban sobre un paisaje roto. El viento había amainado un poco desde que había entrado en el titán, y aunque las nubes de polvo todavía oscurecían el campo de batalla, Koparnos alcanzaba a ver más lejos. El cementerio de cadáveres gigantes no tenía fin. Se extendía y se extendía hacia el horizonte como una colección de monumentos de hierro preservados en su furia. Pero también pudo ver destellos de artillería a lo lejos: no era el único que estaba intentando devolver la vida a uno de los muertos. Había ganado algo de tiempo, ya no se estaba muriendo, pero sólo había detenido una cuenta atrás para que comenzara otra. Una nueva batalla se avecinaba, las brasas de la guerra de Tallarn luchaban por reavivarse de nuevo. Y él no se quedaría de brazos cruzados.

Comprobó el estado de los *moderati*. Estaban inconscientes y su respiración era irregular, pero les quedaba vida suficiente para servir a su plan.

—¿Estáis ahí? —preguntó la *princeps* en un tono ahogado.

Koparnos podía ver la parte posterior del cráneo rapado de Venrath por encima del respaldo de su trono y sus manos reposando en los brazos ornados del mismo. No se movió en absoluto: su parálisis era tan completa como había dicho.

—Estoy aquí.

Comenzó inmediatamente a trabajar. Llevar a cabo su plan le llevaría tiempo, y eso era algo de lo que no disponía demasiado. Con determinación, apartó de su mente todo lo que no fuera la tarea en la que debía concentrarse. En seguida localizó la base sobre la que podría empezar a levantar su obra: los cables de la interfaz entre Venrath y los *moderati* y el colector del titán aún eran viables.

Las siguientes horas las pasó entre la cabeza del titán y la cubierta de ingeniería. En ningún momento puso un pie más allá de los puestos de los *moderati* ni vio la cara de Venrath: la *princeps* no era más que una voz, cada vez más débil, tras su trono. No obstante, necesitaba que siguiera consciente un poco más todavía, mientras preparaba el diagnóstico del flujo de datos neuronales desde la consola de trabajo. El espíritu-máquina estaba allí, silenciado y furioso. Para darle voz tenía que localizar el punto donde la comunicación había sido cortada.

Cuando estuvo preparado, se dirigió de nuevo a la *princeps* a través del canal de voz.

—Hable con él.

Tras unos segundos, Venrath respondió.

—No puedo.

—Lo sé. Pero su fracaso es instructivo —dijo Koparnos con cierta ironía.

—Eso espero… —respondió Venrath antes de quedar de nuevo en silencio.

Unos segundos después, la energía iluminó la pantalla de la estación de trabajo frente a Koparnos, y el guerrero de hierro escuchó el gemido de dolor de la mujer, que luego se difuminó de la misma manera que la intensidad de la luz de la pantalla se redujo.

—¿*Princeps*?

No hubo respuesta. La mujer estaba inconsciente, no muerta: sus constantes seguían registrándose como débiles pulsos en la pantalla que monitorizaba su córtex cerebral. Con aquello Koparnos había localizado el problema: la señal de la orden mental había sido clara y fuerte, pero había sido bloqueada en alguna de la interfaces del nivel inmediatamente inferior a la cabina del titán.

El guerrero de hierro abrió la trampilla esperando encontrar un estrecho conducto de mantenimiento en el que quizá no podría arrastrarse, pero en lugar de ello lo que se extendía era una pasarela que rodeaba el hueco en el que se hallaba el núcleo del titán. Koparnos avanzó por ella, rodeado de pistones como pilares y cables gruesos como los cañones de un Thunderstrike. Los conectores se extendían en

aquella penumbra, por encima y por debajo de él. Mientras caminaba, se dirigió al espíritu-máquina.

—He venido a por ti. La *princeps* te sometió a su voluntad, y yo haré lo mismo. ¿Quieres liberar tu furia? Bien, lo harás… ¡bajo mi mando!

No tardó en localizar los daños. Por encima de su cabeza, en una de las secciones de la derecha, había un amasijo de cables desgarrados y semiderretidos. Con las herramientas que había logrado obtener de los tecnosacerdotes y los servidores, restableció las líneas lo mejor que pudo; algunas estaban segadas más allá de toda posible reparación, y algunas conexiones se habían fundido entre sí en una masa imposible de diferenciar.

Se sintió satisfecho con su trabajo cuando regresó a la cubierta de ingeniería y revisó los registros del flujo de energía. No había esperado poder restablecer todos los canales de comunicación entre Venrath y el espíritu-máquina a su estado original —incluso si aquella hubiera sido su intención en algún momento—, pero había conseguido recuperar la posibilidad de comunicación entre la*princeps* y *Extentio contritio*.

A continuación remodelaría la naturaleza de ese diálogo. Daría nueva forma al campo de batalla.

El resto de preparativos le consumió un día entero. Era el séptimo desde la derrota. Y tras ese día, no habría más descanso para los muertos.

En la cabeza de *Extentio contritio*, la *princeps* y los *moderati* aún seguían inconscientes. Koparnos amplificó el sistema de soporte vital y modificó las interfaces entre ellos. El mecanismo que les había permitido sobrevivir hasta aquel momento preservaría de ahí en adelante su vida en sus cuerpos tanto como el titán perdurara; a la vez, los mantendría prisioneros.

Debía ser cuidadoso al trabajar sobre el cuerpo de Venrath, aunque eso no implicaba compasión alguna: su operación era precisa, calculada. Cualquier trauma prematuro podría desbaratar su plan. Su aproximación al problema fue tan táctica e inmisericorde como en cualquier asedio que hubiera dirigido. En realidad, lo que estaba llevando a cabo era, de alguna manera, un asedio. Poco a poco, fue integrándola con la maquinaria. No podía taladrar más entradas de conexión en su

cráneo ni en su columna vertebral, pero podía embutir más cables en las ya existentes. Cortó partes de ella, amplió otras, la hizo una con la máquina. Y aumentó la carga de energía para despertarla.

Cuando estuvo listo para restablecer la conexión entre la mente de Venrath y *Extentio contritio*, caminó hasta situarse frente al trono de la *princeps*, y ésta pudo verlo por primera vez. Y también los colores de su servoarmadura.

Abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Traidor! —gritó con una voz que tenía un eco semimecánico.

Koparnos se inclinó hacia ella, saboreando ese fragmento de justicia reclamado de aquella derrota infernal. Corromper un titán lealista era un magnífico acto de forja de la guerra, y un asedio exitoso. Y quería que la *princeps* lo supiera. Su victoria tendría un testigo: uno eterno.

—Confiaste ciegamente. Nosotros también lo hicimos una vez… Pero, con el tiempo, aprendimos la lección.

Venrath estaba demasiado débil para luchar, pero aun así lo intentó. La piel alrededor de las cuencas de sus ojos se tensó por el esfuerzo cuando pretendió mover su cuerpo con la mera fuerza de su ira.

Koparnos esperó. A punto de completar su tarea, podía permitirse el lujo de unos minutos, los suficientes como para que la mujer tomara conciencia de toda la extensión de su impotencia. No consideraba aquella victoria algo insignificante: su rabia estaba tan justificada, como inútil era la de ella.

—Serás… derro… tado…

Koparnos dejó escapar un gruñido de superioridad y desprecio.

—No por ti… No —respondió mientras manipulada algunos de los controles de la cabina—, no por ti. Y ahora… cumplo con mi palabra.

Entonces restableció el vínculo neuronal entre la *princeps* y el espíritu-máquina.

El grito inarticulado desgarró la garganta de Venrath y fue degenerando en una reverberación electrónica mientras su conciencia se ahogaba en los circuitos del colector. Dejó tras de sí su cuerpo, la carne convertida en una bolsa biológica sin

más fin que el de ser el conducto con el que suministrar la energía para mantener viva su mente, una crisálida de cables fusionada con su trono. Sólo su cara era visible, y su expresión final, antes de sumirse en la inmovilidad de la muerte viviente, era una de un horror insondable.

Koparnos sabía por qué. No podía apenas concebir la fusión que había sufrido Venrath, pero comprendía exactamente lo que había permitido que ocurriera. Antes del pulso que había apagado el titán, la furia del espíritu-máquina había sido sometida por la fuerza de voluntad y la disciplina de la *princeps*. Pero ésta había sido debilitada, y él había desactivado los mecanismos de defensa del colector, dejando a Venrath vulnerable al asalto somático del espíritu-máquina, cuya única finalidad era provocar una destrucción indiscriminada: si se le permitiera imponer su voluntad, arrojaría a *Extentio contritio* en una carga tan incontrolable e impredecible como los vientos de un huracán. Venrath se había vuelto inmortal, lo deseara o no, pero se encontraba atrapada en una lucha perpetua contra la furia anárquica de la máquina. Koparnos había conectado su mente a la de los *moderati maiores* —comatosos pero aún funcionales neurológicamente— permitiéndole retener suficiente control para canalizar el poder del titán. Ella seguía pudiendo dirigir los movimientos del titán, pero no podía decidir sus acciones, ni elegir sus objetivos: Koparnos había reservado ese poder para sí mismo.

Riendo oscuramente, se acercó al cristal blindado de los ojos del titán. Allí era donde había colocado el burdo mecanismo de control que había fabricado, poco más que una serie de sondas eléctricas, cada una con una función específica, pero con aquello bastaría. Apretó el interruptor de una de ellas, liberando una descarga sináptica en el cerebro de Venrath, impeliéndola a andar.

Y así, *Extentio contritio* anduvo.

El Warlord avanzó con el rugido de una torre de hierro andante. Por vez primera en siete días, las pisadas de un titán retumbaron sobre el campo de batalla desolado. *Extentio contritio* comenzaba su marcha por aquella tierra de cadáveres. En la distancia crepuscular, entre las nubes de polvo, otras siluetas gigantes comenzaron a moverse.

Koparnos pudo ver los destellos de los disparos. A la muerte aún le quedaba algo por hacer en aquel escenario de guerra, y a él también. El canal de voz seguía sin emitir más que ruido blanco, pero confiaba en que tarde o temprano captaría las

voces de sus enemigos. Presionó dos de los interruptores que tenía a los lados, y los brazos del titán se alzaron a la vez que las armas se cargaban.

No se engañaba: sabía que estaba sepultado en aquella tumba tanto como la propia Venrath. Nunca abandonaría aquel lugar maldito. Pero su guerra no había terminado, y contaba con una fuerza terrible a su disposición. Estalló en carcajadas a la vez que hizo sonar el cuerno de guerra de la máquina. Aquello era, en cierto sentido, un triunfo.

Así, vagó por aquella llanura donde se había terminado y perdido una batalla que ahora se reanimaba como una nueva pesadilla no muerta.

Y entonces sintió la sombra del futuro cernirse sobre él, la sombra de una guerra tan fútil como eterna.

FIN DEL RELATO